

LAS PLAGAS Y EL CATASTROFISMO

Carlos Enrique Berbeglia
ceberbeglia@gmail.com

ABSTRACT

La actual pandemia que se encuentra asolando a la humanidad ha puesto sobre el tapete no solamente su debilidad biológica, sino, de forma complementaria, ha resaltado una característica psicológica de parte de sus constituyentes, la tendencia a magnificar los desastres que suelen acometerla a lo largo de la historia, rasgo de suma utilidad para quienes se valgan del mismo con intenciones espurias, usualmente político-económicas. El concepto de “catastrofismo” asume la totalidad de los empleos a los que se pueda acudir para cumplimentar con cualquiera de estos objetivos, concepto, por demás, ligado a la propensión finalista de la psique humana, siempre a la búsqueda del cierre de cuantos sucesos se le atraviesen, desde los más elementales de la existencia cotidiana a los trascendentes y definitivos. Empero, si bien la exaltación de las desgracias va reñido con el despliegue sosegado de la historia, por el lado complementario sirve para recordarle que su camino no transcurre, precisamente, por un lecho de rosas.

Catástrofe intencionalidad exaltación acontecimiento finalidad

The pandemic that is currently wreaking havoc on humankind has not only raised the issue of our biological weakness but has, in a complementary manner, accentuated one of our psychological characteristics, namely a tendency to magnify the disasters that have befallen us throughout (human) history. This is an enormously useful facture to those who capitalize on it with spurious intentions, usually politico-economic. The concept of “catastrophism” acquires all the meanings uses that can be resorted to in order to achieve any of those goals. This concept is inextricably bound up with the final propensity of the human psyche, always seeking the closure of all the events that cross its path, from the most elementary everyday occurrences to those that are transcendental and definitive. Nevertheless, although the glorification of misfortunes is at odds with the calm unfolding of history, in a complementary manner, it serves the purpose of reminding us that its development does not proceed on a bed or roses.

Catastrophe intent glorification event purpose

La imagen de la historia humana, como un camino interrumpido por variados accidentes provenientes del pasado y que llegan hasta el hoy, es habitual en la práctica totalidad de sus visiones, y, al efectuar esta afirmación, ya tropezamos con el primero y más decisivo de los inconvenientes para comprenderla, “sus visiones”, algo que remite, antes que a la historia propiamente dicha desarrollándose en esos accidentes, a las concepciones que sus distintos sistemas interpretativos, filosóficos, socio-económicos, religiosos, ideológicos, con-figuran (o, por qué no, *des-figuran*) en el afán por comprenderla, la mayor parte de las veces, nunca desinteresadamente.

Nos encontramos instalados en la historia, instalación que, paralelamente, da pie a otra nueva con-figuración, la de los hechos experimentados *actualmente*, esto significa que, la noticia leída en el diario, escuchada en el informativo radial, o, incluso, apreciada personalmente, habrá de ser también interpretada, tanto como la que nos ofrecen los “distintos sistemas interpretativos” antes mencionados, acto mental donde entrarán a jugar factores tales como: la formación intelectual del individuo, su adhesión a cualquier doctrina religiosa o ideológica, y, lo más importante y decisivo, mayor o menor independencia de criterio en el momento de juzgar el hecho.

Hechos, o sucesos, y visiones suscitadas al conocerlos, en el pasado, o experimentarlos en la actualidad, he aquí el sencillo resumen del significado que adquiere el detenerse en un punto de ese fluir constante de la historia, y conocerlos primero para meditarlos luego. Una conclusión inmediata se desprende de esta experiencia, en forma de obligada pregunta: ¿quedará algún resquicio para la objetividad discursiva, luego de la turbamulta de miradas y disquisiciones que los acontecimientos soportaran al manifestarse?

Valga este introito como un necesario sinceramiento intelectual, una advertencia al frecuentador de estas páginas, no hay lectura desinteresada de los acontecimientos, pues, siempre, responderá por un gradiente extendido desde el mayor al menor interés dependiente del mismo cuando se la efectúa, la diferencia substancial entre unas y otras aproximaciones radicarán quizás no tanto en el esfuerzo manifestado por comprenderlos sino al compromiso implícito de quien ansíe comprenderlos y del servicio que deba prestar a la plataforma (religiosa, socio-política, filosófica, ideológica) desde la cual la lleva a cabo.

Por lo tanto, es la conciencia de estas frustraciones en las que caen, demasiado a menudo, la investigación y el pensamiento de los acontecimientos (que, usualmente, suelen tomarnos desprevenidos) la que exige una independencia de criterio capaz de lograr una interpretación de la manera cómo, los mismos, entrelazan las distintas historias donde transcurrimos, algunas terriblemente locales, otras más ciudadanas y zonales, así hasta arribar al elenco de los grandes sucesos que marcan los hitos esenciales de la historia universal, mal que nos pesen la generalidad de las veces.

Los acontecimientos poseen distintas tersuras que los mantienen vivos o atenúan acorde al tiempo transcurrido desde que se manifestaran hasta el presente, y, por demás, requieren distintas medidas amén de los compromisos a partir de los cuales se los lee; concretando, la fecha que cierra el proceso independista de un pueblo forzosamente no será festejada con la misma galanura y soberbia por los integrantes del pueblo liberado que entre sus antiguos colonizadores, la conmemoración de un evento estético clave debido a una obra literaria o artística tendrá distinta envergadura de acuerdo a sus

variados memoristas, de mayor importancia para un público cultivado que por el opuesto arrinconado por la publicidad y el vulgarismo, un fenómeno debido a la acción de la naturaleza despertará, igualmente, distintas emociones entre sus víctimas inmediatas y aquellas otras que únicamente las lamenten por haber ocurrido en su propio territorio nacional, sí, pero distante.

Por ende, no habrá de resultar extraño, la utilización que se efectúe, de los acontecimientos habidos en algunos tiempos previos a cualquier presente, para su usufructo con fines, la generalidad de las veces, de distintos contenidos ideológicos.

En relación a lo expuesto, y que, a la vez, intermedie con los párrafos inmediatamente posteriores, me permito introducir los conceptos esenciales de los que me valiera en una obra de mi autoría¹, donde analizo, en uno de sus escolios, la noción de *catastrofismo*, que paso a resumir.

Entiendo por dicha noción una actitud que arranca de hechos variadamente verificables, como ser los desastres naturales que golpean la economía de toda una región (terremotos, huracanes, tsunamis, plagas) tanto como los doblemente efectuados por los seres humanos, obviamente contra la naturaleza que los acoge (incendios forestales, desertizaciones, arrasamientos de la flora y fauna vírgenes), a la vez que los que tuvieran como principales víctimas a ellos mismos (guerras, genocidios, traslados forzosos de comunidades enteras ...) a las cuales solemos denominar, lisa y llanamente *catástrofes*. Pues bien, el *catastrofismo* resulta de una meditación sobre estos hechos al vincularse con algunas de las incógnitas basales de la existencia humana, a saber, el destino, los juegos contenidos en los designios religiosos, entre los primordiales, y, de inmediato, en la proyección de los estragos, autónomos, debidos a la naturaleza, o autóctonos, por los cuales los seres humanos debieran culparse, hacia un futuro, inmediato o lejano, y en las consecuencias que pueda deparar por ese entonces.

Desde esta perspectiva, el *catastrofismo* tanto inmoviliza las acciones, cotidianas y macroeconómicas, o, dialécticamente, las promueve, y, su finalidad siempre es la misma, hacer saber a los miembros de una época cualquiera, que van por el camino justo o el errado. El miedo y la advertencia son los principales resortes psicológicos a los que tal *catastrofismo* se dirige, al remarcar los peligros que corren los protagonistas de la ventura histórica que experimentan, y la manera, *posible*, de esquivarlos, gracias, por supuesto, a las recomendaciones que emanen de los entendidos en la materia por la que discurren.

El *catastrofismo* en cuestión admite varias especializaciones, comenzando por la religiosa, los Apocalipsis con los que cierran la historia religiones como la cristiana son una ejemplificación espiritual por excelencia, en ellas dicho final vendrá por una decisión divina asociada a las acciones debidas al libre albedrío humano. A nivel histórico, diversas teorías propias de las ciencias sociales advierten sobre el armamentismo nuclear, el crecimiento poblacional o los conflictos potenciales entre naciones con finales relativamente funestos de acuerdo a las circunstancias a las que respondan. Por supuesto que un aporte de trascendencia suma lo efectúan las disciplinas científicas vinculadas con la ecología, con su constante y prolija arenga en defensa de una Tierra que luce, para las industrias y las tecnologías de ellas derivadas, como un

¹ Carlos Enrique Berbeglia: Razón, persistencia, racionalidad.(Algunos constituyentes del saber humano), Biblos, Buenos Aires, 2005

simple material de desguace, el cambio climático, que ya, hoy por hoy, prácticamente se aprecia como irrefrenable, debido al efecto de los gases que producen un efecto invernadero, una de las más temidas consecuencias de la falta de miramiento con la cual, la sociedad consumista, se relaciona con el medio ambiente.

En el literatura y el cine el *catastrofismo* se ensaña con los relatos de ciencia ficción, donde, no simplemente el futuro aparece amenazado por la acción conjunta de la Naturaleza y sus desaprensivos habitantes, sino, lo cual revela una psique colectiva bastante perturbada, que el encuentro con otras civilizaciones planetarias, revela, casi siempre, choques de distinto grado de belicosidad, redundantes en franca pérdida para la humanidad que los soporta.

El motivo de las anteriores disquisiciones se debe a que, en el momento de redactar este ensayo, finales del año 2020, nos encontramos atravesando una pandemia que *aparentaría* dar la razón a los catastrofistas, en alguna o en la totalidad de sus especializaciones, algo que valdrá la pena discutir.

Una somera revisión de las plagas anteriores que sometieron a la humanidad nos muestra la diferencia de su impacto sobre ella, algunas realmente demoledoras, como la que asolará a Europa en el siglo XIV, se cobró casi la mitad de la población afectando a la práctica totalidad del continente, otras meramente zonales, como el brote de fiebre amarilla sobre la ciudad de Buenos Aires y varias por el estilo. Ninguna de ellas alcanzó el grado pandémico de la presente, de allí lo novedoso que resulta su irrupción.

Es conveniente, con la finalidad de ubicar los alcances históricos que posee esta pandemia, repasar brevemente de qué manera se fue configurando la historia universal de los últimos cien años a través de sus principales acontecimientos.

En primer lugar dos guerras mundiales que provocaran una cantidad de víctimas escalofriante, con las siguientes diferencias tendidas entre ellas, la Primera, (1914/18) se trató de un conflicto en realidad zonal, restringido a Europa, con una última intervención americana, en ciertos momentos de la conflagración los estrategas se valieron de gases mortíferos cuya implementación fue suspendida porque los vientos, entre otros factores, los hacían volver a su punto de partida, afectando, de esta manera a sus propulsores, motivo por el cual no volvieron a ser utilizados. La Segunda (1939/45), sí realmente Mundial pues afectó a tres continentes del Hemisferio Norte, concluyó con el ataque atómico a Hiroshima y Nagasaki, con efectos tan nefastos que, desde ese entonces, la recurrencia a los artefactos nucleares también fue suspendida. Algo así como, “matémonos, pero sin extralimitarnos”

En 1919 se declaró una epidemia con otros millones de víctimas que recién fuera controlada décadas más tarde, y nuevas catástrofes superpuestas unas sobre otras, como ser, crisis económicas, al estilo de la de 1930, Guerra de Vietnam, caída de la URSS, etc, que sobresalen por sus distintas consecuencias sobre cientos de sucesos más localizados en distintas regiones del planeta.

El catastrofismo es una rara predisposición de la psique, la obviedad de su fin consiste de resaltar los hechos negativos que intersecan en la marcha de la humanidad, a la cual pareciera gustarle, si no ignorar los fenómenos contrarios, esos que la benefician, al menos, por otra parte, como si se tratara de una alianza siniestra,

opacarlos, impidiéndoles siquiera una publicidad equivalente, pues, donde la sangre, la desgracia, el infortunio, la amenaza a la seguridad cotidiana y otros males florecen como en un campo fecundado, allí ese tremendismo obscuro se regodea placentero.

En ese mismo siglo, mientras algunos seres se empeñaban en destruirse mutuamente y los débiles claudicaban en los campos de concentración y los villorrios, la misma humanidad lograba, prácticamente: erradicar el analfabetismo, gracias a la medicina preventiva y la genética, superar, en varias décadas, la expectativa y calidad de vida en comparación inmediata con la habida en tiempos previos a la Revolución Industrial, poner al alcance de toda la gente implementos tecnológicos como los computarizados, lograr la equidad, aunque no siempre aceptada por las ortodoxias religiosas, entre varones y mujeres, mostrar los beneficios de la multiculturalidad, la reivindicación de los Derechos Humanos, y su expresión desde diversas perspectivas, singulares, sociales y jurídicas, e, inclusive extender al mundo animal provechosos humanitarios con legislación propia, que hablan de una paulatina, aunque lenta, suavización de las costumbres en relación a la vida en general.

A nivel cultural la totalidad de ese proceso culminó en dos movimientos que fueran simultáneos, la posmodernidad y la globalización, el primero encontró su clímax hacia finales del siglo XX dejando unas huellas bien marcadas en la filosofía, la estética y las costumbres, entre otras manifestaciones, empero, la misma vertiginosidad con la que aparecieran sus proclamas fue la apreciada al ser asumido, dicho movimiento, por la historia. La globalización, opuestamente, no adolece de la misma fragilidad, sino, por el contrario, se acentúa día a día sin mostrar síntoma alguno de debilitamiento.

Muestra apreciable del aserto lo constituye la pandemia que nos encontramos padeciendo, del covid 19, biológicamente extendida por la totalidad del planeta, y, desde el punto de vista de las reacciones que provoca, publicitarias, políticas, religiosas, como apreciaremos de inmediato igualmente globalizada.

Finales del año 2020, la evolución de la pandemia a lo largo del año nos lleva a formular una serie de hipótesis con la finalidad de mostrar que, como acontecimiento histórico, se suma, simplemente, como uno más que rozará la superficie de la historia humana, aunque el *catastrofismo* aludido intente, por todos los medios a su alcance, desmedirlo en una trascendencia relativa.

Las denominamos *hipótesis consecuenciales*, y las enumeramos:

.Económicas. Las obligadas cuarentenas, en algunos lugares, como en Argentina, exageradas, han determinado la desaparición de enorme cantidad de fuentes de trabajo, sobre todo las informales, que redundan en una pérdida del poder adquisitivo de una masa significativa de la población. De forma paralela muestra estar dando lugar a resultados opuestos, esto es, a las ganancias que obtendrán las compañías, los Estados, las empresas farmacéuticas, gracias a los insumos para combatir la plaga, y, directa o indirectamente, para satisfacer un mercado deseoso de regresar al consumismo de productos transitoriamente frenados por la crisis. En sociedades corruptas acentuará las prácticas de las que se valen quienes las corrompen, para acometer a los simples ciudadanos con hechos delictivos, disimulados por los funcionarios enquistados en los poderes políticos dictatoriales.

Bío-fisiológicas. Posibilitando a los catastrofistas a continuar buceando en el océano de las desgracias para el encuentro de nuevos ejemplos que los justifiquen, será derrotada en poco tiempo, anotando un nuevo blasón para las ciencias, sumándose a los logros excelentemente alcanzados por la razón desde la modernidad, agregándose, su descubrimiento, al de las vacunaciones anteriores que erradicaron a la viruela y la poliomielitis, entre diversas pestes, y al de los antibióticos y analgésicos, a los tratamientos con rayos y las operaciones, cada vez menos invasivas, de los organismos que elongaron la existencia humana hasta los promedios actuales de las casi nueve décadas, rozadas por los habitantes de los países más desarrollados del planeta.

Histórico-sociales. Sin duda habrá de marcar un hito de suma importancia en la historia de la humanidad, un hito que, sin embargo, no implicará, necesariamente, un cambio de rumbo en el inalterable camino de sí misma², prever, como lo hacen numerosos autores, un nuevo paradigma posterior, peca de ingenuismo, tal vez se alcancen a dar algunos pequeños giros en su marcha, pero nunca tan extremos como los soñados cambios radicales en las conductas humanas, los sistemas económicos o políticos. Sin duda sí aumentará la vigilancia sobre los ciudadanos (acción que desvela a la mayor parte de las sociedades desde siempre), posibilitada por el exponencial desarrollo de la tecnología cibernética, algo ya frecuente en los regímenes dictatoriales.

Religioso. Tal vez la irrupción del nuevo virus simplemente acelere la paulatina desconfianza de la gente hacia los sistemas eclesiásticos formales, algo que se viene notando hace años, en tanto, los creyentes, se afirmarán en sus creencias guiados por los ortodoxos y fundamentalistas, algunos de ellos verán en el fenómeno signos de advertencia celestiales a tomar en cuenta como previos a tiempos apocalípticos más definitivos (en los monoteísmos judeo-cristiano-musulmanes, no así entre los budistas o hindúes, cuya lectura de la historia difiere en grado sumo de la occidental). Los ateos y agnósticos, mientras tanto, seguirán inalterables hasta encontrarán un nuevo argumento para sostenerla.

Humana. La naturaleza humana no cambiará un ápice, los instintos y las emociones a ellos asociados (sobre todo la ira que se despierta repentina y el miedo ante lo desconocido), permanecerán inalterables, como lo fueron desde sus mismísimos comienzos en la escala evolutiva, la vida sentimental y afectiva tampoco se verá afectada, el amor y el odio seguirán alegrando y atormentando a las almas (a simple título de ejemplo, la correspondencia entre los poemas homéricos y la literatura actual bien lo expone, mutan los estilos, las poéticas y las lenguas que expresan los distanciamientos y las cercanías corporales y anímicas, pero la fuente inspirativa prosigue inalterable), envidias y codicias seguirán sobreponiéndose a las ilusiones que avizoren épocas futuras distintas cuando cese el accionar del virus, aunque, por suerte, las fuerzas contrarias del afecto y la camaradería también continuarán su lucha contra esos tumores del alma, ¡de ninguna manera transitorias como la plaga que nos acomete!

Breves comentarios al texto y a las *hipótesis consecuenciales* que de él se desprenden:

² En la misma obra aludida en la nota anterior, y, también de mi autoría, en “Decisiones y riesgos” Prometeo, Buenos Aires, 2016, expongo mis ideas sobre la *Racionalidad instintiva*, acción aparentemente contradictoria que, sin embargo, motoriza la historia, impidiéndole caer en exageraciones desmedidas que la perjudiquen, como los aludidos finales de las dos Guerras Mundiales.

Si nos alejamos de nuestra idea acerca del *catastrofismo*, y regresamos a la suma de los hechos que nos afligen, nos cabe distinguir tres tipos de catástrofes: las provocadas por la naturaleza y que afectan a los humanos de manera directa, desde los terremotos a las plagas, las debidas a los seres humanos contra ellos mismos, documentados por las guerras y los genocidios, y, en tercer lugar, las acciones, igualmente propias de los seres humanos, ahora volcadas sobre la Naturaleza, que terminan repercutiendo sobre la humanidad en su conjunto, como los incendios forestales, las desertizaciones, el aniquilamiento de la fauna, culminantes en el cambio Climático, de imprevisibles consecuencias mostradas hasta ahora y que nos encontramos experimentando.

El término “catástrofe”, trasladado al teatro, implica la idea de *desenlace dramático* y en el sentido siguiente, de que, cuanto ocurre en las tablas es unilateral, cierra el último acto con ese final, en caso que la obra posea un final “abierto” como en el teatro moderno (en el teatro clásico no suele ocurrir tal cosa), dicho final se resuelve en la mente de quien lo especte o lea.

En cuanto sucedan en la naturaleza las catástrofes poseen un resultado si no abierto al menos ambiguo, y ocurre en distintos tiempos, por lo general muy extensos, como el que liquidó a los dinosaurios, a finales del subperíodo Cretácico del Mesozoico, dejando el dominio de la Tierra a los mamíferos, variables entre los roedores, los felinos, los grandes paquidermos, los monos y, al final de la escala, a los seres humanos, de allí lo de “ambiguo” pues, de no haber acontecido dicha desaparición, el imperio de quienes, en los últimos siglos, pareciera ser fatal para la gran progenitora de la totalidad de la vida que la puebla, la Tierra, sin duda no hubiera acontecido.

En el ámbito de la naturaleza, además, como todo cuanto ocurre en ella, los hechos transcurren sucesivos, y, si bien impactan diversamente entre sus protagonistas, debe acontecer la aparición de una conciencia, como la nuestra, que procede a interpretarlos y decidir no sólo el resultado de su alcance en la interioridad propia, pura y exclusivamente *natural*, sino en vincularlos con el mundo humano, momento de inflexión donde, a la “ambigüedad” de sus consecuencias, se le añade la “relatividad” de sus interpretaciones.

Relatividad que, así nos disguste moralmente, siempre va unida a algún tipo de conveniencia que anda dando vueltas, ya sea en el suceso en sí mismo, en el caso que nos viene ocupando, la pandemia, o en los provechos, ideológicos o económicos, que puedan extraerse del mismo.

Si procedemos a meditar, como un ejercicio de conclusión, sobre los diversos mojones, y no que interrumpen sino *configuran* el sendero de la historia, a los que pasamos una rápida revista en las páginas anteriores, notamos la doble característica simultánea de “ambigua” y “relativa” que asumen las catástrofes en las experiencias humanas cuando se desenvuelven en alguno de los momentos de su transcurso

Los mojones, hitos, hechos, sucesos o como se los quiera denominar son objetivos, la reconstrucción heurística logró determinarlos con precisión inobjetable, el problema subyace en el empeño utilizado para interpretarlos, a diferencia de las versiones de una sonata para piano, o una sinfonía, donde los matices de los ejecutantes valen por la tecnicidad y encanto que colocan al posar las manos sobre los instrumentos, la visión que se tenga de cualquiera de estos hitos (hechos, sucesos e, inclusive, eventos)

instalados, desde “a la vera” del camino histórico hasta “clavado en su macadam”, para expresar metafóricamente la trascendencia desprendida de su impronta en el camino, va a depender de varios intereses en pugna, en lo esencial ideológicos, económicos y religiosos, de allí el “catastrofismo” que, a veces, los prefigure, a los que se sumará la extraña predisposición psíquica del “tremendismo” que, al unirse a los factores implícitos en los intereses, lo potenciarán hasta distintos límites.

Hay catástrofes que debilitan a las sociedades y otras, en cambio, que las fortifican, un ejemplo paradigmático lo encontramos en los finales de la Segunda Guerra, 1945, con los tres países que la perdieran, Alemania, Italia y Japón, arrasados, tres décadas más tarde, en 1973, para ser más exactos, pasaron a constituir, junto con aquellos que los derrotaron, Gran Bretaña, Francia, los EU y Canadá, el conjunto de los países más industrializados del mundo...

Acaso sea prematura la lógica ambición racional de dilucidar el origen *real* de la tragedia que nos cierne, pero la necesidad de establecer las causas de un mal (raras veces de un bien, para guardar fidelidad con el tremendismo constitutivo de la psique) como el presente, forma parte, igualmente, de la misma psique, la cual también fluctúa entre reacciones como la del miedo y el acatamiento a cuantas disposiciones, por absurdas que parezcan -como la cuarentena abusiva sufrida por pueblos, como el argentino, que destruyeran su economía y mostraran, a la vez, no tanto la impotencia de sus gobernantes para hacerle frente sino, por el contrario, sacar de la pandemia el mayor rédito político posible-, y, a la vez, la de la rebeldía, que la lleva tanto a la lucha frontal de la ciencia para aniquilar la plaga cuanto de los pueblos contra la sumisión a los poderes ideológicos de turno que buscan su provecho.

La arbitrariedad de la justicia y de las fuerzas policíacas, bajo el lema de “protección al ciudadano medio” de quienes violen los reglamentos establecidos para impedir la difusión del virus, sigue siendo notable, sin ir más lejos, en Argentina coincidieron la liberación de presos alegando falta de higiene y amontonamiento en las prisiones con detenciones arbitrarias a trabajadoras sexuales en la vía pública, los ejemplos podrían multiplicarse acudiendo a casos ocurridos en otras regiones del Planeta, pero baste con lo dicho hasta aquí para dar por finalizado este escrito, que rinde testimonio de una afrenta al normal despliegue de la existencia humana, que se inscribirá, sin duda, con letras de fuego en su historia, aunque dudamos que sirva para cambiarle el derrotero que mostró hasta ahora.

Carlos Enrique Berbeglia, nacido en Villa Mercedes, provincia de San Luis, república Argentina.

Dr en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid

Profesor Titular de Antropología en el Ciclo Básico Común

De la Universidad de Buenos Aires.

Director de la colección “Propuestas para una antropología argentina” de la que aparecieron nueve tomos entre 1990 y 2013, ed. Biblos

Secretario de la Red Iberoamericana de Trabajo con Familias